

que todo es posible para la locura viejísima del mundo, que es la locura más fascinante de todas, y más cuando ha sido hecha por unos rusos que se les dan de "incomprensibles", como dijo de ellos Dostoyevski...

Las palomas se separaron, y la que había puesto en duda el milagro dibujó varios círculos encima de un hombre que estaba con la mano derecha en el mentón, como si recordara la estatua del "Pensador", de Rodin, muy serio y como afligido. La paloma descendió, pues quería comprobar si se trataba de un poeta tratando escribir un soneto terminado en "indio", o de algún filósofo en vacaciones, pero sufrió una pequeña decepción al comprobar que era un lord inglés recién doctorado en altas matemáticas, furioso porque el satélite no había sido hecho en Inglaterra, con un "made in London" gigantesco y espacial... las más extravagantes actitudes del orgullo ofendido fueron observadas por la paloma en su viaje por las ciudades, y de repente, al descansar sobre un edificio virreinal de la ciudad de México, vió que emergían de las sombras las figuras anacrónicas pero interesantísimas de la condesa de Gálvez y de Juan Ruiz de Alarcón, que en traje mosqueteril, con gregüescos de encaje y combro de pluma, contemplaba con la boca abierta el paso del satélite, lo mismo que la condesa. Y entré los dos se desarrolló el siguiente diálogo, que escuchó alborozada la paloma:



**"SELECTA"**

**La Cerveza  
del Hogar  
EXQUISITA y SUPERIOR**

- ¿Qué es esto, don Juan?
- Amor.
- Locura dirás, mejor.
- ¿Cuándo amor no fue locura?

Lo que contrastaba con el ruido infernal de unos taladros de hierro, pues estaban amputándole una pierna a la vía del tren, y unos hombres metidos en escafandras soldaban la línea ni más ni menos como si en mitad de la calle hubiera caído una estrella. Pero la figura de Juan Ruiz, sobresaliendo entre los nichos y contemplando, no la estrella de la calle, sino la órbita del satélite por el infinito, establecía un efecto tan sorprendente, que la paloma, frotándose los ojos con una nube, un poco asustada murmuró para sí: "No hay duda: el satélite es un acto de amor".

México, D.F., 1957

**Lic. Aníbal Arias R.**

Abogado y Notario  
San José, Costa Rica  
Apartado 2352

Enseguida se arrancó una pluma de su ala izquierda y anotó lo que en ese momento escribía Ed Creagh, corresponsal de la A.P.: "Biiip... biiip... biiip. He allí el sonido del futuro. Y por lo pronto, tiene acento ruso."

Otras palomas, deslumbradas por la contemplación del triunfo científico más notable de la humanidad, ya no hallaron en la Tierra nada digno de tomarse en cuenta: quedaron vencidos, humillados y definitivamente clausurados los poemas confusos y derrotistas de los poetas surrealistas, las calaveras luminosas de Salvador Dalí, las declaraciones de los Caballeros de Colón y los rostros en éxtasis, porque allá arriba, en las fuentes mismas del universo, rodaba como un trompo de luz y de música, entonando un himno al trabajo del hombre, una figura metálica, pequeña y absolutamente maravillosa...

samiento, la verdadera sensibilidad, como quiere o quería Colins, aquel sentimiento de nuestra existencia, que nos hace considerar seres eternos y distintos de todo lo que nos rodea. No hay que ser muy sagaz para comprender que los animales, por desarrollados que estén, carecen de este sentimiento. Ellos no tienen pasado, no se dan cuenta de los cambios sufridos en ellos mismos y en lo que les rodea, no son seres temporales en cuanto a la comprensión del devenir, sino que viven, limitadamente, en la eternidad.

(Pasa a la página 264)

## De la memoria

Colaboración de *Lorenzo VIVES*

Así como hay en el hombre dos ciencias, la objetiva o material y la subjetiva o espiritual, igualmente hay dos memorias. La material, concentrada en el cerebro y la inmaterial, en el espíritu. La primera se forma por las aportaciones de los sentidos, y es facultad de los animales, también; pero la segunda nada tiene que ver con lo sensorio, ya que retiene, con las ideas objetivas, las subjetivas, que son generales y eternas. La idea de la belleza, de justicia, de libertad, de eternidad, etc. son innatas. En cambio, las imágenes mentales de los elementos del mundo externo, son adquiridas.

Al hacer la distinción entre objetivo y subjetivo consideramos al cuerpo como el objeto de nuestro yo, y al espíritu como el propio sujeto. De manera que con la muerte, el objeto queda separado del sujeto, que persiste.

En los animales sólo una memoria de las consideradas existe: la material. Ellos no poseen ideas abstractas, y aun la ideación verdadera no debe ser conocida por ellos. Mas bien la imagen del objeto sensible es una especie de visión permanente que se graba en su cerebro sin dar paso a la elaboración de la idea, elemento básico del razonamiento. También consideramos en ellos la conciencia objetiva, que está por sobre el instinto y que obra cuando hay que reaccionar contra las embestidas del medio.

Consideramos en el hombre, por lo menos, los tres elementos constitutivos de San Pablo: el soma o el cuerpo material, el neuma o alma o principio vital y la psique o espíritu. En los animales hay los dos primeros elementos, pero no el tercero. Y es en este elemento eterno por atonomasia que radica el pen-